

gran movimiento romántico, con sus descubrimientos del corazón humano y su culto por la naturaleza. Así las primeras figuras románticas, Mme. Stael y Chateaubriand, deben mucho al filósofo ginebrino. Una fuerte tendencia individualista caracteriza a la nueva escuela; el sentimiento lírico predomina en la expresión. Contrariamente a lo que pensaba el siglo XVIII, el mundo se resuelve a través de emoción poética y no de la razón. De aquí que todo el romanticismo esté tocado de poesía. La actitud del romántico ya no es la reflexión, sino el arrebato; más fácil es comprender en un éxtasis que por el raciocinio. Por esto, el vizconde *Francisco Renato de Chateaubriand* (1768-1848), primer romántico francés, vuelve sus ojos al pasado de la Edad Media donde yace el venero de la fe cristiana y las tradiciones caballerescas, y escribe una obra nueva y original *El genio del cristianismo*.

¡Quién diría que sólo han pasado veinticinco años escasos desde la muerte de Voltaire! En *El genio del cristianismo*, Chateaubriand escribe para combatir el prejuicio antirreligioso y exaltar y rehabilitar la religión católica, de la que habían hecho escarnio los escritores que le anteceden. Se vale de todos los recursos de su imaginación y de su lirismo prodigioso para pintar cuadros donde la fe cristiana, enaltecida, se ofrece a los corazones cansados de la sequedad racionalista. Describe las bellezas del culto católico y propone el cristianismo como fuente de inspiración de los artistas. Repudia las reglas clásicas del siglo XVIII, así como la mitología, que le parece convencional y hace objeto del arte las manifestaciones de la belleza y no sólo de la ideología. Incluido en *El genio del cristianismo* van dos episodios, *Atalá* y *Rene*, que luego publica como novelas

y dan la consagración definitiva a su autor. Tanto en estas obras como en las posteriores de *Los Mártires* y el *Itinerario de París a Jerusalén*, Chateaubriand adopta una actitud de hombre desencantado de la sociedad. Una melancolía muy romántica le produce el recuerdo del pasado y el anhelo de lo imposible se convierte en el ideal de su vida. El famoso mal del siglo que prende en la escuela romántica, no es más que el desengaño sufrido por un ser cuyas aspiraciones desbordan el marco de la realidad.

*Mme. Stael* (1766-1817), cuyo nombre de soltera es Germaine Necker, también contribuyó a la difusión del romanticismo. Esta mujer de temperamento fogoso y atrayente conversación, no sólo teorizó sobre la nueva moda literaria, sino que escribió una novela titulada *Corina*, donde, con amplio espíritu feminista, describe a una mujer encantadora, su Corina, víctima de la incomprensión de la época. En esta novela, Mme. Stael, que fué una gran viajera, aprovecha para pintarnos ambientes diversos de Italia y Francia.

El espíritu viajero de los románticos fué tema de muchos de sus libros. Ya hemos visto como a Chateaubriand su incansable viajar la dió motivos para su novelas americanas; igualmente en la literatura inglesa los viajes de lord Byron dieron lugar a la *Peregrinación de Childe Harold*; Shelley también fué un infatigable viajero. En la literatura alemana, Goethe, después de recorrer Europa, escribió más obras con motivo de su viaje a Italia.

El romanticismo francés verdaderamente se proclama como tal escuela con ocasión de la representación teatral de la obra de Víctor Hugo *Hernani*, de ambiente español, en 1830. En ella Víctor Hugo